

## LA SOLEDAD DE LAS CIUDADES

Cuando Carrera Andrade habla de la *Soledad de las ciudades* se refiere a un fenómeno propio de la era posindustrial, a una anomalía que corresponde a la alienación del hombre moderno. Lo que aquí nos interesa es la importancia de la soledad como tema literario y como impulso a la creación artística. Nos interesa el poema como búsqueda de comunión con lo otro, y como búsqueda de una resolución a la dialéctica de la soledad humana.

La poesía de la soledad de las ciudades integra el sentimiento de desarraigo del hombre moderno, su anonimato y su falta de filiación en la inmensa muchedumbre. Si el viaje implica una apertura y una inmersión, el poeta no podía menos que adherirse y solidarizar con esas masas enfermas de soledad, y concretar en sus poemas la angustia y desconsuelo general. Pero el poema no es sólo descripción objetiva; es también expresión subjetiva de la intimidad autorial. Cuando el poeta dice:

*Sin conocer mi número.  
Cercado de murallas y de límites.  
Con una luna de forzado,  
y atada a mi tobillo una sombra perpetua.*

*Fronteras vivas se levantan  
a un paso de mis pasos (6).*

lo que hace es precisar la perspectiva o el punto de vista desde el cual se desarrollará el poema. Desde su propio abandono, el poeta encarnará al hombre-guarismo, al hombre numerado de la ciudad, y en su discurso expresará la propia y la ajena tribulación, como si fueran una y la misma vivencia. La autoexplicitación del sujeto (a través de los posesivos «mi» y «mis») es importante porque, al atraer nuestra atención, nos fuerza a diferenciarlo, en tanto conciencia perceptora, de lo otro, del objeto de su percepción que carece de voz propia. Lo que esto implica es una autoconciencia y, por ende, una lucidez que impedirá que el poema caiga en las incoherencias con que, a menudo, se trata de reflejar el caos de la vida.

Dice Jung que el secreto de la creación artística y la efectividad del arte se encuentran en un retorno a la «mística de la participación» —a ese nivel de la experiencia en el que es el hombre el que vive y no el individuo y en el que la felicidad o el infortunio del ser

---

(6) *El tiempo manual*, p. 11. Citas posteriores de libros ya anotados serán incluidas en el texto entre paréntesis.

humano individual no cuenta, sino sólo la existencia humana (7). Y esto es cierto en poetas que, como Carrera Andrade, postergan su propia voz para comprometerse a expresar aspiraciones, ideales, angustias y terrores colectivos. De ahí que el verso no se resienta de su instrumentalidad, sino que más bien se preste a ser correlato de la realidad extralingüística, donde «no hay norte ni sur, este ni oeste / sólo existe la soledad multiplicada, / la soledad dividida para una cifra de hombres» (*El tiempo manual*, p. 11), y trate de desenterrar esa estructura de sentido que subyace a la vida.

En un mundo en el que lo cualitativo ha cedido a lo cuantitativo, en el que el hombre mismo se ha convertido en cifra computable y anónima, el poema no tiene que extremar lo ilógico y lo absurdo para representar algo que ya de por sí exhibe tales características; le basta transponer las cosas como se le manifiestan:

*Imagen de la soledad:  
el albañil que canta en un andamio,  
fija balsa del cielo.  
Imágenes de la soledad:  
el viajero que se sumerge en un periódico,  
el camarero que esconde un retrato en el pecho.*

(*El tiempo manual*, p. 12.)

Esta realidad, que en sí nada tiene de poético, ingresa al poema con toda su carga de patetismo y se llena de expresividad. Estos cuadros de la cotidiana soledad se revisten de un carácter especial: el albañil, el viajero y el camarero son cifras que adquieren dimensión universal, y ponen de relieve la ubicuidad del abandono humano en la ciudad.

El carácter inhumano de la urbe se acentúa cuando se considera la morfología de su aspecto material y la naturaleza de las relaciones sociales. A la fluidez y falta de aglutinación de estas últimas corresponde la solidez y frialdad de las edificaciones urbanas:

*La ciudad tiene apariencia mineral.  
La geometría urbana es menos bella  
que la que aprendimos en la escuela.  
Un triángulo, un huevo, un cubo de azúcar  
nos iniciaron en la fiesta de las formas.  
Sólo después fue la circunferencia:  
la primera mujer y la primera luna.*

(*El tiempo manual*, p. 12.)

---

(7) *Modern Man in Search of a Soul* (New York, Harcourt, Brace and World, Inc., No date), p. 172.

Esta añoranza de una forma más elemental representa la nostalgia de un pasado irrecuperable y alude a la ruptura del hombre consigo mismo. No deja, pues, de ser evidente el progreso del sensualismo dionisiaco del joven al decoro funcional y formalismo apolíneo del adulto. Más aún, a la nostalgia del tiempo pasado corresponde la nostalgia del espacio natural donde el hombre y la tierra armonizaban. Comparado con el hombre urbano, «los campesinos están menos solos / porque forman una misma cosa con la tierra» (*El tiempo manual*, página 12). El hombre moderno y el poeta pagan en soledad el precio de su ruptura con la tierra. La ciudad no puede asegurarles la consistencia ontológica que el contacto con la tierra y formas de asociación más simples les garantizaban.

En esta poesía de la soledad, el poema se estructura a base del contraste que desde un punto de vista presente se establece con relación al pasado contraste que se agudiza con la enumeración de las irregularidades que rompen el buen orden establecido por calendarios y relojes para el hombre moderno. Cuando el poeta dice que «hay días que aparecen muy temprano / con sus ojos de buey y su frente nublada, / sin recordar su nombre / acaso equivocados de semana. / ... Días en que no hallamos las calles y las fechas, / ... olvidamos las rosas y los números, ...» (8) no hace más que expresar: 1) su enajenación de todo aquello que la rosa simboliza (naturaleza, amor), y 2) su falta de acomodo y adaptación al nuevo medio ambiente. Los lexemas «rosa» y «números» reiteran las diferencias cualitativas de esos dos espacios y tiempos ya antes aludidos. Cifra de un conglomerado humano que no logra aglutinarlo, dueño de un idioma en bancarrota, el hombre no puede dejar de sentirse forastero. Así lo expresa el poema *El extranjero*:

*Un territorio helado me rodea,  
una zona impermeable y silenciosa  
donde se apagan los ardientes signos  
y su sentido pierden los terrestres idiomas (9).*

El poeta, sin embargo, se resiste a aceptar la soledad. En vez de evadirse y refugiarse en ámbitos de su propia invención, busca restablecer en y con sus poemas la conexión con lo otro. Esta búsqueda de la comunión no es otra cosa que un querer encontrar un asidero para librarse de ser arrastrado por la corriente derrotista.

---

(8) Carrera Andrade: *Lugar de origen* (Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1951), p. 31.

(9) Carrera Andrade: *Biografía para uso de los pájaros* (París, Cuadernos del Hombre Nuevo, 1932), p. 35.